

rrativa más atenta a lo psicológico, a lo social, que a lo geográfico, concretándolo en algunas líneas temáticas: la alienación urbana, la violencia política, y otros contenidos de corte existencial. Unos meses más de lectura y trabajo hubieran hecho saber a Navarro que desde los *Cuentos grotescos* (1922), de José Rafael Pocater, empieza esto a ocurrir, así como también con *Barrabás y otros relatos* (1928), de Arturo Uslar Pietri, y sobre todo con *Canícula* (1930), de Carlos Eduardo Frías. Si se considera *La tienda de muñecos* (1927), de Julio Garmendia, encontraremos, pues, que ya en la década del veinte se constituye una cuentística en la que, no sólo el costumbrismo se va dejando de lado, sino en la que un realismo de cuño norteamericano y algunos ejercicios de fantasía y hasta de ciencia-ficción se plantean como recursos de esta narrativa, con la consiguiente renovación temática y de enfoques. La novela inmediatamente posterior no sólo consolida esto, sino que en propiedad cierra objetivamente el predominio galleguiano: *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez, y *Las lanzas coloradas*, de Uslar, ambas de 1931; *Mene* (1936), de Ramón Díaz Sánchez; *La galera de Tiberio*, de E. B. Núñez, y *Puros hombres*, de Antonio Arraiz, ambas de 1938; y, finalmente, *Fiebre*, de Miguel Otero Silva, y *Campeones*, de Guillermo Meneses, en 1939, configuran una década no precisamente despreciable: juegos con el tiempo en dos desarrollos superpuestos, frescos históricos derivando constantemente al misterio y la fantasía, elementos de ciencia-ficción y parodias, caracterizaciones socioeconómicas del impacto del petróleo en la vida nacional, testimonios carcelarios y de la lucha contra la dictadura, apuntando en ellos prefiguraciones de la guerrilla, etc. Las líneas temáticas señaladas por Navarro para la nueva narrativa pueden desarrollarse a partir de aquí: Uslar, Otero Silva, Arraiz, Díaz Sánchez, en esos «problemas sociales» y esa «violencia política»; Meneses, luego Rivas Mijares, Mariño-Palacio y Oscar Guaramato, creando una auténtica narrativa de la alienación urbana, en la que al mismo tiempo se expone una temática fundamentalmente existencial, y por momentos también existencialista.

Pero hay más: esa «introspección» que Navarro le descubre a la nueva narrativa como uno de los rasgos formales de diferenciación, es ya un hecho con Meneses y luego con Gustavo Díaz Solís, aunque no se realice en primera persona exclusivamente, y sobre la «experimentación literaria» la lista sería tan larga como respecto a los temas: qué decir de *Cubagua*, a la base del real maravilloso americano mucho antes de su formulación por Carpentier; qué de las aplicaciones del objetivismo del *nouveau roman* en obras de finales de la década del cuarenta, como las de Mariño-Palacio y Rivas Mijares; qué, finalmente, de

un Meneses que plantea la destrucción del discurso narrativo, la anti-novela, en 1953, con *El falso cuaderno de Narciso Espejo* y la retoma luego con *La misa de Arlequín*, en 1962. Para terminar, esa superación del «nivel descriptivo para alcanzar lo poético» es precisamente el clima de demasiadas obras de varias décadas, llevada al extremo a partir de 1947 por Antonio Márquez Salas y Oswaldo Trejo.

No he querido abrumar a nadie con unas referencias que se me hacían necesarias, y cuya simple enumeración basta para una nota. Aún podría seguirse, pero creo que al menos he podido sugerir al lector—no sé a Navarro—que sin trazar el dibujo de unas tres décadas anteriores o tenerlo siquiera en mente, no se debía haber lanzado nadie a una empresa sólo aparentemente fácil (2). Con esto se alcanzaría el segundo problema, ya que si Navarro no muestra en absoluto la especificidad de la nueva narrativa, tampoco ha sabido distinguir en ella algo que me parece evidente, y es que se trata de dos promociones de vías de alguna manera divergentes a partir de 1965, es decir desde que José Balza plantea el nivel de subjetividad en el que van a desenvolverse muchas de las obras de los más jóvenes. Si no hubiera sido tan exclusivo también respecto a los nuevos narradores, habría acaso podido ver que, de un lado, se presentarían González León, Garmendía, Argenis Rodríguez—junto a Enrique Izaguirre, Rafael Di Prisco, Gustavo Luis Carrera, etc.—, y ya de otro, nombres como Balza, Masiani, Alizo y alguno más, en un camino doble cuya síntesis ha realizado recientemente—Navarro no llegó a incluirla, y es otra lástima—el Luis Brito de *Rajatabla*, posiblemente el mejor y más importante libro de toda la nueva narrativa.

Me parece que todo lo dicho serviría para matizar, cara al lector no informado, las afirmaciones—y sobre todo las omisiones—de *Narradores venezolanos de la nueva generación*, libro cuya utilidad como aproximación superficial y provisional al tema deberá entenderse siempre teniendo en cuenta tales adjetivos equilibradores. Lamentablemente, y dentro de la industria cultural que comienza a constituirse en Venezuela en torno a editoriales como Monte Avila, de innegables méritos generales, y con una nómina de excelentes títulos, tanto extranjeros como venezolanos, el libro de Navarro aparecería también

(2) Hablo, en este caso, de una experiencia personal, ya que al intentar un estudio también sobre la nueva narrativa venezolana, me vi obligado a ir cada vez más hacia atrás, hasta terminar con un panorama desde la década del veinte. Desde luego que no pretendo hacer el elogio de mi libro (*Proceso a la narrativa venezolana*, de próxima aparición en las Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, EBUC), pero sí creo poder referirme a lo que tuvo para mí de experiencia en el sentido de encontrarme en la necesidad de establecer siempre más amplias referencias y mayor campo de enfoque para caracterizar lo que es una etapa dentro de un movimiento.

cumpliendo una función propagandística cuya intencionalidad no entro a discutir, pero que va en la misma línea de la imposibilidad de criticar duramente libros de esta editorial, que se manifiesta esporádicamente en ciertos órganos culturales del país; imposibilidad de la que también tengo experiencia.—*JULIO E. MIRANDA* (21, rue de l'Équité. 1090 BRUXELLES. Bélgica).

MARCEL MAUSS: Lo sagrado y lo profano (Obras I). Barral. Barcelona, 1970.

... Si existe una ciencia de las sociedades hay derecho a esperar que sea algo más que una simple paráfrasis de los prejuicios tradicionales, a que nos haga ver las cosas de una manera diferente de como se manifiestan al vulgo; pues el objeto de toda ciencia es realizar descubrimientos, y todo descubrimiento desconcierta más o menos las opiniones recibidas.

EMILE DURKHEIM

Es imposible plantearse un análisis de la obra de Marcel Mauss sin relacionarla con la de su más ilustre antecesor, Emile Durkheim, y con la de su más famoso continuador, Claude Lévi-Strauss. Es difícil determinar hasta qué punto los avances de la antropología estructural son reales y hasta qué punto su importancia es debida a la creación de toda una corriente ideológica en la que se han refugiado los últimos restos del neopositivismo burgués. Pero es inevitable subrayar que ninguna polémica o manipulación pueden desvirtuar la importancia epistemológica de la metodología estructural.

El giro impuesto por Durkheim y la Escuela Sociológica Francesa es fundamental para la comprensión del desarrollo de la historia de la sociología. El primer problema que esta ciencia tenía planteado en el momento en que Durkheim escribió *Las reglas del método sociológico* era el de trascender unos esquemas que pretendían mantenerla en un nivel de vacuidad que podríamos calificar de filosófico, en el sentido más peyorativo del término. Con Durkheim se establece que la sociología no puede limitarse a la descripción de la apariencia, de lo que actualmente se denomina el modelo consciente: la ideología.

Debería resultar evidente que la noción que una sociedad tiene de sí misma no se corresponde con la realidad de sus estructuras. Si aceptamos —con Mauss— que el terreno propio de la sociología es el de las instituciones, la tarea a realizar será obtener un modelo no ideológico de éstas; es decir, traspasando la falsa evidencia de lo

aceptado por el sentido común, establecer, mediante la determinación de funciones y sistemas, la estructura de las instituciones que configuran el hecho social.

El llevar a cabo tal superación de la falsa evidencia y obtener el «modelo inconsciente» de las sociedades, su propio sistema autorregulado de transformaciones, presupone la consideración de los hechos sociales como cosas, en el sentido de algo real independientemente de la existencia del observador.

Este fue el primer punto del método científico elaborado por Emile Durkheim para la sociología. En torno a este método se agrupó lo que se conocería como Escuela Sociológica Francesa, entre cuyas principales personalidades figuran Marcel Mauss, Hubert, Davy, Fauconnet, Halbwachs... Cuando Durkheim murió en 1917 su trabajo fue continuado por Mauss, y aunque la revista que había servido de voz a la escuela —*L'Année Sociologique*— dejó de aparecer con la llegada de la primera gran guerra, nuevas publicaciones sirvieron de expresión al grupo. En 1950 moría en París Marcel Mauss, y este mismo año aparecía la primera edición de una selección de sus textos con el título de *Sociologie et Anthropologie* (*). Resulta en extremo significativo que el editor del libro fuera Georges Gurvitch y que el estudio preliminar estuviera firmado por Claude Lévi-Strauss. Los trabajos desarrollados por la Escuela podían ser susceptibles de diversas interpretaciones y reelaboraciones, tan dispares como las de Gurvitch y Lévi-Strauss; pero el camino recorrido era ya en cierta forma irreversible.

Sin embargo, la figura de Marcel Mauss carece de las características claramente definidas que podemos encontrar en Durkheim. El hecho de que Mauss fuera sobrino de Durkheim y catorce años más joven que él podría servir para esclarecer este desdibujamiento de su personalidad. Parece indudable que el peso de la fama y brillantez de Durkheim modificó de raíz la carrera de Marcel Mauss, que encontró pronto gran atractivo por el camino abierto por su tío, pudiendo prescindir además de las servidumbres que implica la lucha por la escalada de puestos académicos.

Mauss puede así realizar una tarea enormemente libre, dejándose llevar de una iniciativa plural y multiforme. Los trabajos por él escritos se caracterizan por abarcar un enorme campo de intereses, así como por la brevedad de su extensión. Pero aunque no quepa decir que todos ellos están articulados en torno a una preocupación común, resulta indudable que se integran dentro de una totalidad. El pensa-

(*) PUF, París, 1950.